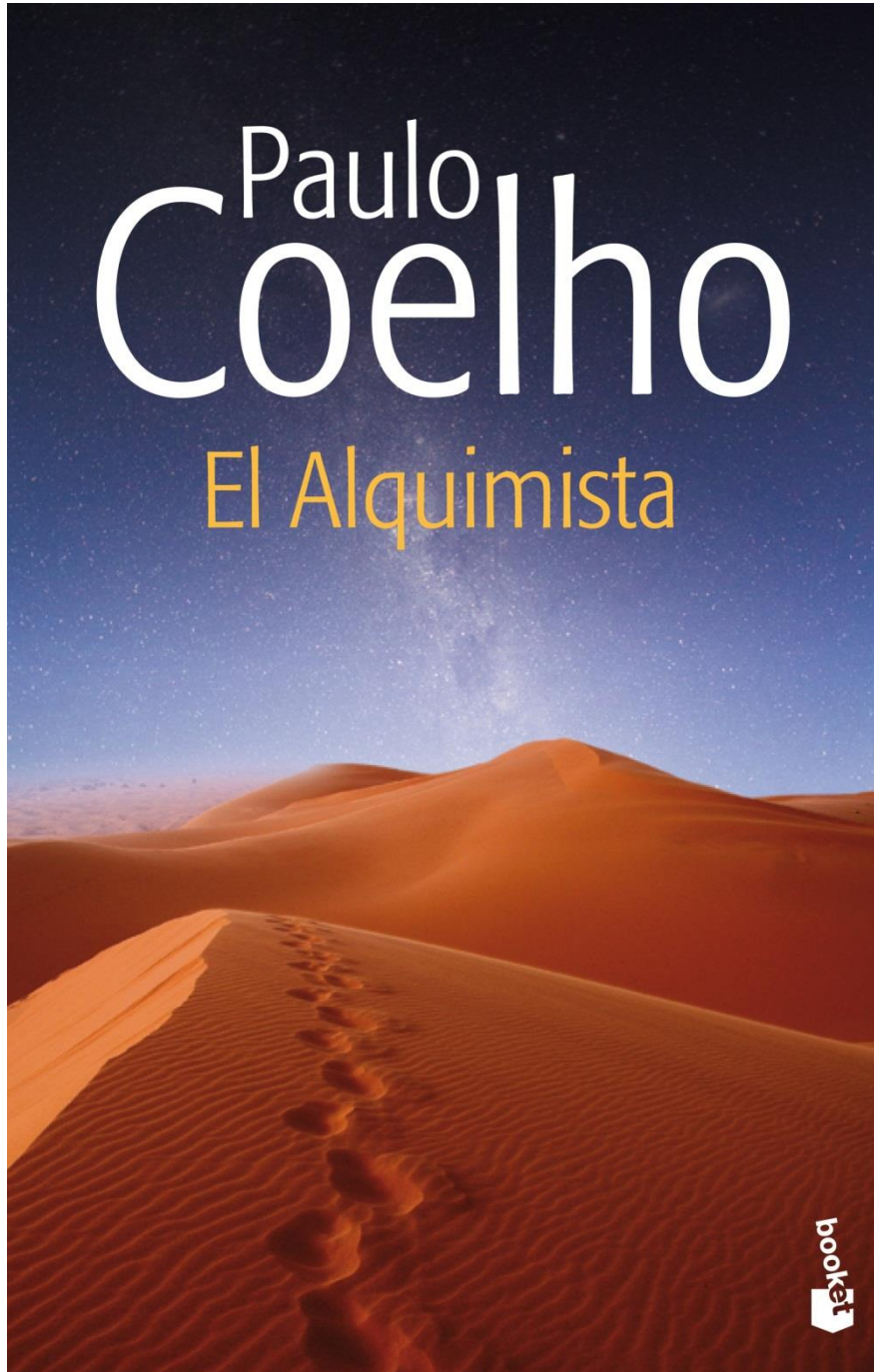


Las claves de El Alquimista

Paulo Coelho

El Alquimista



LAS CLAVES DE EL ALQUIMISTA

Por Seve Calleja

EL VIAJE INTERIOR

A lo largo del texto encontramos una frase repetida varias veces: «Cuando quieras una cosa, todo el Universo conspirará para que la consigas», ésta es la tesis central de *El Alquimista*, tal como el propio autor ha declarado.

Su intencionada ubicación en un tiempo sin fechas y en unos lugares entre realistas y fantásticos, con unos personajes estereotipados —el joven pastor, la hermosa hija del comerciante, el anciano sabio, el Mercader, el viajero Inglés...— y, sobre todo, su estructura lineal e itinerante (en la que hechos y situaciones se repiten y reconocen unos en otros formando entre sí un relato circular) le confieren un carácter de cuento maravilloso, con una intención aleccionadora: las peripecias de los personajes parecen seleccionadas y puestas al servicio de un mensaje espiritual y universal: la búsqueda de la propia identidad. Así que puede decirse que, por más que la trama se cuaje de situaciones y personajes de apariencia real, *El Alquimista* es un relato simbólico que nos explica la transformación interior de su protagonista en su proceso espiritual hacia un nuevo modelo de vida en armonía con el mundo.

El tema de la búsqueda de la propia identidad y su trama argumental itinerante a través de preguntas y respuestas que el personaje central y sus acompañantes ocasionales se plantean a lo largo del relato, convierten, pues, esta obra en una historia simbólica, cargada de referencias filosóficas, religiosas, literarias y morales entre las que es fácil reconocer reminiscencias de otras obras, hoy ya clásicas entre los libros simbólicos, como *El Conde Lucanor* de Don Juan Manuel, *El Lazarillo de Tormes*, *El Principito*, de Antoine de Saint-Exupéry o *Juan Salvador Gaviota* de Richard Bach y autores como Kavafis, Kipling o Borges, por no aludir a la presencia continua de referencias bíblicas y coránicas. La abundancia, por otra parte, de alusiones a Oscar Wilde, *Las Mil y Una Noches* o la literatura sufí o el *Evangelio* lo convierten, en cierto modo, en un viaje literario por los libros, que son un elemento omnipresente en el equipaje del joven protagonista.

Se ha dicho de esta obra que no es una hazaña épica, ni una historia trepidante, ni una novela, ni un diario y que puede que no sea sólo un libro; de lo que no cabe duda es de que tanto *El Alquimista* como su autor, Paulo Coelho, son hoy un fenómeno extraordinario en el ámbito editorial en particular y de los medios de comunicación en general: cerca de 195.000.000 de ejemplares vendidos en más de ochenta idiomas han convertido a su autor en uno de los quince escritores más leídos del mundo y en una suerte de guía espiritual.

A. CLAVES DE ACERCAMIENTO AL LIBRO

1. Tema y argumento

El joven Santiago, hijo de una humilde familia campesina de Andalucía, cuyos padres soñaban con que fuera sacerdote, decide un día abandonar el seminario y hacerse pastor, impulsado por su obsesivo deseo de conocer el mundo. Además de sus ovejas, con las que vive y siente cada instante de su existencia, también lo acompaña un sueño simbólico que no logra descifrar. Será una adivina gitana quien interprete su significado: un inmenso tesoro lo aguarda en las Pirámides de Egipto, lo que lo impulsa a cruzar al continente africano y dirigirse al país de los faraones. El sueño del joven simboliza la consecución de su propia Leyenda Personal, que es la meta final de un viaje para el que cuenta con la ayuda de una sucesión de auxiliares igualmente simbólicos y en cuyo horizonte se dibuja el amor por la joven Fátima.

Con este arranque y estos planteamientos, el joven pastor irá descubriendo una galería de personajes, sacados de la tradición cultural y espiritual para actuar como maestros: Melquisedec, el anciano y enigmático rey de Salem, cargado de reminiscencias bíblicas, el Mercader de Cristales, el viajero Inglés, o el gran mago y venerado Alquimista..., con cuyo magisterio se dirigirá hacia su propio mundo interior, convirtiendo su viaje en una búsqueda personal de sí mismo por la que se cruza con parajes y situaciones exóticas que irán fraguando en él un sueño cargado de preguntas y respuestas sobre el sentido de la existencia.

Un viaje soñado que cobra cuerpo hasta situar al joven pastor en el punto de partida o, lo que es lo mismo, en su meta soñada.

2. La estructura narrativa

El Alquimista es un relato itinerante de estructura cerrada: el joven protagonista parte de los campos de Andalucía para llegar hasta las Pirámides de Egipto cruzando el continente africano y, finalmente, regresa a su tierra de origen. El relato discurre en cinco momentos que coinciden con su estancia en Tarifa, Tánger, Ceuta, el Oasis de Al-Fayum y Egipto.

Dos partes componen este trayecto, que son a la vez sus dos intentos por proseguir el viaje: desde que parte de Tarifa hasta que se instala al servicio del Mercader de Cristales (primera parte), y desde que prospera en su condición de sirviente hasta su llegada a Egipto (segunda parte). Sin embargo, pocas veces el epílogo adquiere tanta importancia como en esta historia: aun siendo tan breve, supone un brusco e inesperado giro que vuelve a situarnos al protagonista en el punto de partida.

Esta composición circular viene a coincidir con la de muchos de los cuentos maravillosos, que tienen una estructura predefinida en la que encontramos entre los personajes al héroe, el agresor, el auxiliar, el mandatario, la víctima, el falso héroe y el donante, algunos de los cuales también aparecen en esta historia, y un discurrir de acontecimientos que, partiendo del «érase una vez», nos relatan la *carencia* del protagonista, forzado a partir hacia una *búsqueda*, enfrentándose a *combates* y *pruebas* que habrá de superar hasta

alcanzar la *victoria*, y con ella, a su regreso, el *reconocimiento* y la *recompensa* o el amor de los finales felices del cuento de hadas tradicional.

3. Espacio y tiempo

Como corresponde a un cuento maravilloso, los escenarios y el tiempo en los que discurren los hechos de esta historia, que es como se ha dicho alegórica, son los propios de un relato fantástico, por más que se mencionen lugares concretos: Tarifa, Tánger o Egipto. Son lugares reales, sí, pero al carecer de fechas son imprecisos, como lo pueden ser los parajes de cualquier relato que nos sitúa en un marco exótico, como lo es el aspecto o la edad del protagonista. La edición de esta obra ilustrada por Moebius (Planeta, 1997) nos transmite esta sensación de exotismo oriental en un tiempo y unos parajes propios del «érase una vez».

4. Estilo

-La obra se caracteriza por un lenguaje sentencial, que convierte muchos parlamentos en verdaderos aforismos, y podemos encontrarlos tanto en la voz del narrador como en la del protagonista o sus sabios consejeros: el viejo Melquisedec, el Mercader, el Inglés y, sobre todo, el Alquimista.

-Se insertan breves cuentos a lo largo de la novela, como por ejemplo el relato de la visita de la Virgen y el Niño a un monasterio o el del mito de Narciso, según la versión que Oscar Wilde realizó.

-El uso frecuente de palabras en mayúscula —Alma de Mundo, Leyenda Personal, Gran Obra...— imprimen a la novela su rasgo estilístico quizá más llamativo: el sentido alegórico unas veces y metafórico otras de un lenguaje propio de la literatura mística.

-Por lo demás, no se aprecia demasiada diferencia de registro lingüístico cuando habla el narrador o cuando lo hacen los personajes centrales, pues se adivina en todas las voces la del propio autor.

-Son muchos, por otra parte, los paralelismos entre unos personajes y otros. Así, el encuentro del joven con el viejo Melquisedec se asemeja al que luego tendrá con el Mercader, con el viajero Inglés o con el Alquimista.

En todos los casos, la relación que se establece entre maestro y discípulo nos recuerda a la de otros personajes literarios: el Conde Lucanor con Patronio, el Lazarillo con su primer amo, el ciego, o el Principito con el aviador en el desierto y se sostiene en una dinámica de preguntas y respuestas al servicio de una intención claramente moralizante para el lector, heredera, en buena medida, de las literaturas orientales.

-Abundan las citas entrecomilladas en las que se recogen ideas o pensamientos ya expresados, bien por tratarse de evocaciones del protagonista, y que se acompañan de fórmulas como «pensó el muchacho», o bien por ser citas de ideas ya expresadas, cerradas por fórmulas como «había dicho el viejo». Unas y otras dan a los diálogos un ritmo

pausado, de consenso entre los interlocutores, sin que aparezcan las réplicas o las matizaciones propias de los diálogos ágiles.

-No faltan los momentos de lirismo, como el encuentro del protagonista con su amada Fátima, ni tampoco las descripciones detallistas, como la de la tienda de los jefes del oasis.

-También encontramos gran profusión de reflexiones y monólogos interiores del protagonista.

5. Los personajes

Uno de los rasgos llamativos de los libros de Coelho son las frecuentes similitudes entre los personajes de sus libros y los que aparecen en la Biblia, como veremos un poco más adelante.

La galería de personajes de la novela no es muy larga: la componen el joven Santiago y sus cuatro maestros como personajes principales —el viejo Melquisedec, el Mercader de Cristales, el viajero Inglés y el Alquimista— y una breve relación de personajes secundarios —la adivina gitana, el camellero y algunos guerreros del desierto— entre los que despunta la joven Fátima. Y todos ellos participan de la condición de personajes-tipo, en los que, más que la definición de rasgos físicos o morales diferenciados, cobra especial importancia su valor simbólico y alegórico del que participarán a su vez, en los últimos pasajes del relato, el desierto, el viento, el sol y el corazón del joven como alter ego del protagonista. Ese valor simbólico hay que ir a encontrarlo en sus propios nombres:

-El joven pastor Santiago, que nos recuerda al apóstol del mismo nombre, está sin duda cargado de connotaciones evangélicas y, probablemente, asociado a la imagen que el autor tiene de España, país que había conocido poco antes en su peregrinación a Compostela. Su condición de nómada viajero está asociada, por otra parte, a la imagen del peregrino. El simbolismo del mundo pastoril está muy presente en la Biblia, y sobre todo en los *Salmos*, antes de arraigar en la figura del Mesías como el buen pastor. Por otra parte, en un momento en que se nos relata el encuentro con los jefes del oasis, su imagen queda asociada a la de otro pastor bíblico de gran trascendencia para el pueblo de Israel: el joven pastor José, hijo de Jacob, cuyo sueño es asimismo anticipo de su viaje a Egipto (Génesis, 37 y ss.).

-El viejo Melquisedec, rey de Salem, es el mismo sacerdote y rey bíblico del mismo nombre al que Abraham entrega un diezmo de sus bienes. Recordemos que, tal como dice la Biblia, Abraham abandonó su país con destino incierto, como hará el joven Santiago.

-El Mercader de Cristales aparece más enraizado con las enseñanzas coránicas, actuando de contrapunto unas veces, y de paternal preceptor otras, de las ideas del protagonista. Su ortodoxia y conformismo quedan resumidas en la expresión *maktub* —«está escrito»—, palabra que ha dado título a otra obra del autor. Frente a la realización del sueño personal por el que lucha el joven, el mercader se alimenta de la ilusión de un sueño (peregrinar a La Meca) que sabe que no realizará.

-El viajero Inglés es, sin duda, una metáfora que ya el autor nos ha anticipado en el prefacio al aludir a los tres tipos de alquimistas («Aquellos que son imprecisos porque no saben de lo que están hablando»). La búsqueda desesperada de la Piedra Filosofal en los libros y en los razonamientos lógicos le impiden alcanzar sus sueños.

-El Alquimista es, sin duda, el Maestro por excelencia y, como tal, encarnaría ante el joven un papel similar al que su Maestro desempeñó con el autor. Sus sentencias y consejos lo presentan ante el joven como modelo de imitación y paradigma de sabiduría: «Viejo brujo, lo sabías todo», dirá de él el joven al regreso de su viaje. Pertenece, por lo tanto, al segundo tipo de alquimistas señalados en el prefacio, es decir, «aquellos que lo son porque saben de lo que están hablando, pero también saben que el lenguaje de la Alquimia es un lenguaje dirigido al corazón y no a la razón».

Lógicamente, es en la tercera modalidad de alquimistas a la que alude Coelho en ese Prefacio donde habría que situar al joven protagonista: «Aquellos que jamás oyeron hablar de Alquimia pero que consiguieron, a través de sus vidas, descubrir la Piedra Filosofal.»

B. CLAVES PARA ANALIZAR EL LIBRO

1. Paratextos

Un paratexto es una valoración personal sobre un relato original de otro autor. En muchas obras, el autor añade a su relato citas introductorias, prólogos o epílogos que le sirven para encuadrar mejor el sentido de su mensaje. Estos añadidos adquieren en *El Alquimista* un valor fundamental, pues contribuyen a situar el relato en un contexto ideológico y literario preciso y a su autor, en una corriente de pensamiento.

-Abre el libro una cita evangélica alusiva al encuentro de Jesús con Marta y con María, que simbolizan dos actitudes vitales distintas: la hiperactiva y la contemplativa.

-Inmediatamente, en el prefacio, el autor acude a un recurso característico de los relatos orientales y del propio Evangelio, como es la parábola. Con ella los textos didácticos ilustran o ejemplifican una enseñanza.

Coelho acude nuevamente a una imagen piadosa de la Virgen y el Niño de visita a un convento, motivo ante el que cada monje trata de agradar con lo mejor de sí. Será el más sencillo y humilde de todos, que sólo sabe hacer juegos malabares, quien logre emocionar especialmente al Niño.

2. Tópicos literarios

Son abundantes en este libro los momentos, situaciones o ideas que nos trasladan inevitablemente a otros textos literarios. El propio Coelho es consciente de ello cuando, en boca del viejo Melquisedec, le dice al joven pastor respecto al libro, que lleva entre

manos: «Es un libro que habla de lo que hablan casi todos los libros. De la incapacidad que las personas tienen para escoger su propio destino.»

-Y así, el encuentro del joven pastor con cada uno de sus maestros, su estancia en el desierto o su actitud ante las enseñanzas que recibe nos recuerdan al Principito en sus diálogos con el aviador y con los diferentes personajes que va encontrando en su viaje:

«Cada día sabía algo nuevo sobre el planeta, sobre la partida, sobre el viaje. Venía lentamente, al azar de las reflexiones.» (Cap. V.)

«En tu tierra —dijo el Principito— los hombres cultivan cinco mil rosas en un mismo jardín... Y no saben lo que buscan...» (Cap. XXV.)

Como sabemos, *El Principito* es una pequeña obra maestra que, con apariencia de cuento infantil, aborda el tema del amor y la amistad a través de una simbología en la que afloran los pensamientos del ser humano respecto a su relación con los demás. Está planteada como un viaje de ida y vuelta cuyo protagonista conoce a una serie de interlocutores — el aviador, el zorro, el vanidoso...— con los que va descubriendo su modo de ser y de pensar, lo que Coelho definiría como su respectiva Leyenda Personal.

-Probablemente sea en el alemán y premio Nobel Hermann Hesse donde mayores parecidos encontremos. En *Siddartha* podemos leer:

«Poco a poco maduraba en Siddartha la plena conciencia de saber lo que realmente era sabiduría, la meta de su larga búsqueda. No se trataba más que de una disposición del alma, de una capacidad, de un arte secreto de poder pensar la teoría de la unidad de cualquier momento en medio de la vida, de poder sentir y respirar la unidad.» (Cap. «OM».)

La sensación de este personaje guarda gran semejanza con la que en algunos momentos de su travesía por el desierto experimenta el joven Santiago, y también sus vivencias son parecidas: Siddartha abandona el hogar paterno en busca de la verdad total. En compañía de su amigo Govinda —un ser materialista y práctico que actúa de contrapunto del propio Siddartha— acude a los Samana, los sabios del bosque, para llegar hasta Botaina — encarnación de Buda—, que le guiará hasta la sabiduría.

En el trayecto ha conocido a la hermosa Kumala y al mercader Kamasvani. Son, como se ve, muchas las similitudes entre estos personajes y los que rodean al joven pastor de *El Alquimista*.

En *Demian*, publicada en 1919, el autor recrea sus propias experiencias sobre el bien y el mal, tras sufrir una grave depresión que lo tuvo hospitalizado. Bajo la apariencia del joven protagonista, Emil Siclair, nos presenta a su amigo y «maestro» Demian, que actúa de alter ego:

«Cuando me necesites, no me llames, escúchate a ti mismo y notarás que estoy contigo.»

El paralelismo con la despedida del aviador y el Principito es evidente.

-El camellero con el que Santiago conversa en la caravana es un hombre práctico apegado al momento:

«Tengo sólo el presente y eso es lo único que me interesa. Si puedes permanecer siempre en el presente serás un hombre feliz.»

Probablemente hayas leído alguna vez el poema de Rudyard Kipling «Si...» al que corresponden estos versos donde, como se ve, la semejanza con la reflexión del camellero es sorprendente:

«Si puedes llenar el minuto inolvidable con los sesenta segundos que lo recorren, tuya es la tierra y todo lo que en ella habita, y —lo que es más—, hijo mío, serás hombre.»

-Pero es sin lugar a dudas la imagen de la vida como viaje uno de los tópicos más recurrentes del autor de *El Alquimista*. Sobre esta misma idea existe un hermoso poema de Kavafis titulado «Itaca». A través de la imagen del viajero Ulises en su regreso a la patria, se nos exhorta a sacarle el mayor jugo a la experiencia cotidiana sin perder de vista nuestro destino:

«Si vas a emprender tu viaje a Itaca, pide que tu camino sea largo, rico en experiencias y en conocimiento (...) visita muchas ciudades de Egipto y con avidez aprende de sus sabios. Ten siempre a Itaca en la memoria. Llegar allí es tu meta. Mas no apresures el viaje (...) Itaca te regaló un hermoso viaje. Sin ella el camino no hubieras emprendido. Mas ninguna otra cosa puede darte. (...)»

3. Cuentos, leyendas y fábulas (rasgos de estilo)

Si consultamos una obra de referencia, descubriremos que los cuentos, las fábulas y las leyendas comparten, además de su brevedad y su origen tradicional, una serie de rasgos, si bien otros los diferencian entre sí.

-Las fábulas son alegorías con las que se ejemplifican rasgos y comportamientos humanos —y por eso sus personajes, generalmente animales, adquieren carácter humano—, es decir, que tienen un marcado valor moral y didáctico.

-Emparentada con el mito, la leyenda, aunque participa de rasgos del cuento y de la fábula hasta confundirse a veces entre sí, nos presenta hechos o acontecimientos fantásticos y a menudo dramáticos, misteriosos o sobrenaturales que provocan admiración y que, por su ubicación en lugares reconocibles, terminan dándose por ciertos.

-Y los cuentos refieren hechos imaginarios sin ubicación en un tiempo y un espacio precisos y cuyos personajes-tipo son portadores, como en las fábulas, de ciertos valores humanos. Unas y otras modalidades comparten un carácter universal, un lenguaje unas veces solemne y otras formulístico, escasas descripciones, abiertas enseñanzas, expresadas en sentencias o moralejas...